



LAS DOS MANOS DE
CERVANTES
BLANCA BRAVO

NARRATIVAS HISTÓRICAS



LAS DOS MANOS DE CERVANTES

BLANCA BRAVO



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición impresa: septiembre de 2022
Primera edición en e-book: agosto de 2022

© Blanca Bravo Cela, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4818-7

Producido en España

*Para Francisco Bravo López, mi padre.
Porque siempre supo quién era.*

«Si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado español llamado tal de Saavedra hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia».

Miguel de Cervantes,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

«Les narró anécdotas de sus viajes, algunas inverosímiles y verdaderas, otras creíbles y falsas».

Andrés Neuman, *El viajero del siglo*

LAS DOS MANOS DE CERVANTES

Nacido en la mitad del siglo xvi, el hijo de un humilde cirujano está destinado a fracasar en el ejército. Ese revés militar es el secreto de su gran logro: un montón de pliegos de papel en blanco que le están esperando.

Sayb ab-dira' (I)

Lepanto, 7 de octubre de 1571. La batalla de la que puedo hablar

El día ha amanecido gris y mi cabeza, cargada de fiebre. Dormito en una de las sucias hamacas que cuelgan en la abarrotada bodega del barco. Llevo aquí toda la noche, entre cajas y baúles, armas y mercancías. El mar enfadado zarandea la nave. Todo me da vueltas. Son ya varios días con temperatura alta y un intenso dolor de cabeza. Cierro los ojos, aprieto los párpados y me obligo a dormir, pero no lo consigo.

Al cabo de un rato, oigo gritos en cubierta. Están llamando a los soldados; nos llaman a ocupar los puestos. Parece que la lucha es inminente. ¡He de subir! Hemos estado jugando al ratón y al gato con nuestros enemigos demasiado tiempo por todo el Mediterráneo. Sé que estábamos a punto de abandonar la misión porque no dábamos con ellos. Intuyo ahora, por el nerviosismo de las voces, que los tenemos a la vista. Como puedo, me incorporo, me recompongo las ropas y el uniforme. El coselete se me resbala de las manos, torpes.

—¡Miguel! ¡Tienes que quedarte aquí! Estás ardiendo de fiebre.

Entiendo por la mueca en su cara que mi hermano Rodrigo me está gritando, pero lo escucho muy lejano. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí, conmigo, en la humedad de la bodega.

—Vuestro hermano tiene razón. No es prudente. Es mejor que descanséis. No subáis.

Ahora quien habla es el físico de la galera. Tampoco a él lo había visto antes. Me dice que no suba... ¿No subir a cubierta? ¿Cómo desperdiciar una ocasión como ésta? ¿Quedarme tumbado? ¿Un soldado como yo, a punto de cumplir su primera misión oficial formando parte de una liga?

Y no de una liga cualquiera..., ¡de la Santa Liga! ¡La coalición entre España, Venecia y el papado combatiendo a los herejes musulmanes! ¿He de quedarme aquí abajo, descansando? Ni hablar. No. Voy a subir.

-¡No! ¡Voy arriba!

Sin detenerme a escuchar sus quejas, me coloco el peto, cojo las armas y echo a correr hacia la escalerilla. Una vez en cubierta, el aire del mar me reconforta. Inspiro profundamente, hasta llenar los pulmones con el frescor de la mañana. No deben de ser más de las nueve o las diez. Me abandono unos segundos en el olor de la sal, en el sabor de la saliva impregnada de sal y en el rugido de la furiosa agua salada. Todos mis sentidos se despiertan al momento. Sigo las indicaciones de los mandos. Me han colocado en el lugar más peligroso, en la torreta de proa, a estribor; y estoy preparado para el enfrentamiento.

Me sitúo delante de los arcabuceros. Sé que el lugar que me han asignado está entre los que lanzan bombas incendiarias. Me acerco al extremo dando tumbos, procurando mantener el equilibrio ante el envite de las olas. Si caigo al mar, las posibilidades de sobrevivir son pocas, especialmente por el peso de las piezas metálicas de protección que llevo puestas. Me tiemblan las piernas por la tensión, y por la fiebre, pero sigo hasta que el salpicar del agua moja mis pies. A mí, como me consideran un novato, me han adjudicado el lanzamiento de piñas. No soy novato, sino un soldado ya experimentado, y no estoy de acuerdo..., pero lo acepto, porque ellos no lo saben. Mi tarea consiste en entretener al enemigo mientras los nuestros preparan sus armas, pues la carga del arcabuz requiere dedicación y habilidad. Así, mientras unos cuantos vamos lanzando objetos cerámicos con explosivos en su interior, les damos tiempo para aparejar el arma.

El timonel maniobra con maña para situar la nave frente a la media luna de barcos turcos que se han colocado con celeridad frente a nosotros. Nuestra disposición será en forma de cruz. Cada uno con su religión a cuestas, frente a frente.

Los cercamos poco a poco hasta que no tienen escapatoria, y nosotros, tampoco. Nos estamos aproximando demasiado, peligrosamente, a ellos. Empiezo a distinguir sus rostros desencajados

por la tensión del momento. Llevan menos protección metálica que nosotros, porque prefieren tener la opción de nadar si caen al agua.

—¡Bogando a toda palamenta!

Como si todo hubiera estallado de repente, rompiendo el zumbido constante que me ensordecía en la bodega, escuché los gritos desesperados de los que se encargan de tomar las decisiones: «¡A toda palamenta!». Los galeotes bogaban en popa, en mediana, y enloquecidos en proa. Todo se sucede con una tremenda rapidez. La flota entera, no sólo nuestro barco, se agita tanto que las naves parecen garbanzos dentro de un enorme puchero hirviendo. Doscientos cincuenta navíos, cargando con noventa y tres mil hombres preparados para matar y dispuestos a morir.

«¡A toda palamenta!». Y los remeros obedecen la orden. La chusma rema con rabia, deseando ver cómo miramos directamente a los ojos de la muerte; nosotros, los hombres de la guerra, los que caminamos libremente por la nave. Ellos nos odian. Son presos, obligados a vivir amarrados a su banco, moviendo remos pesadísimos, cagándose y meándose encima durante semanas, heridos permanentemente por la argolla de la cadena que les rodea el tobillo. Reman con furor, para que muramos. Los miro un momento —rapados de cabello y barba, sucios e infectados, llena la boca de llagas— y distingo la rabia en sus ojos encendidos. No es la primera vez que veo esa mirada de odio.

Vuelvo a concentrarme en los barcos enemigos. Estamos demasiado cerca. Casi nos rozamos.

—¡Van a abordarnos! ¡Virad! ¡Rápido! ¡Virad!

Pero es tarde. «¡Virad! ¡Virad!». No hay tiempo. Una ráfaga de flechas, como una nube de serpientes negras, nos alcanza. Los turcos tienen por costumbre envenenarlas. Procuro evitar que me alcancen protegiéndome con la rodelá. Alrededor, gritos. Seguro que alguna ha acertado en el blanco. Confusión y estruendo por toda la cubierta. La batalla ha comenzado.

Un golpe tremendo casi me hace caer al agua en el momento en que chocan las naves. El paso a pie de una a otra resulta sencillo. Deja de ser

una batalla marítima para convertirse en una terrestre, sobre la cubierta, sin agua de por medio. Y todo sucede con una rapidez vertiginosa.

Enormes nubes oscuras de pólvora me impiden ver lo que tengo delante. Miro hacia atrás, agachado, a nuestros soldados que disparan el arcabuz con decisión. Yo sigo lanzando piñas, aunque ya no veo hacia dónde. La oscuridad de la pólvora se ha extendido. El sol tampoco ayuda. Entre las nubes oscuras que se van formando por los disparos, se cuelan rayos cegadores; y también se cuelan por entre las otras nubes, las del cielo, que han empezado a abrirse. La luz me deslumbra y el ruido me aturde: el retumbar de los chillidos de los que mueren, el resonar de las armas y, sobre todo, el rugir del mar embravecido contra las cáscaras de nuez en que se han convertido las galeras. Miro hacia el agua y veo cómo una pequeña mancha roja de sangre se va extendiendo. Me resulta una imagen casi poética, porque pienso que ese carmesí es el de nuestra sangre, moros y cristianos, sin diferencia. Hay turbantes flotando sobre el agua, cuerpos medio hundidos con flechas clavadas, algunas en los ojos, trozos de madera...

De pronto, un agudo impacto en la mano izquierda me obliga a salir de mi fugaz ensueño. Vuelvo la vista. Está destrozada, algún hueso astillado sobresale de entre la carne sanguinolenta. ¡Me han dado! Me sorprende no tener miedo, que no me duela. Y, entonces, dos golpes más. Una vez, dos. Caigo, derrumbado. Ahora me han herido en el abdomen.

Tengo el tiempo suficiente para pensar que, si me hubieran disparado a bocajarro, ya estaría muerto, pero la carga debía de venir desde lejos y no muero enseguida. En el suelo de la cubierta, boca arriba, el cielo me cubre desde lo alto con el paso de las nubes, ahora blanquísimas, que navegan más allá de la oscura humareda. Ridículamente, en ese momento tan grave, me quedo colgando de la imagen del firmamento, que me parece preciosa, como me quedé embelesado con otras nubes del pasado, mientras murmuro alguna plegaria aprendida de memoria en la niñez. Y pienso, también, que podía haber sido un buen escritor; que, por lo menos, podría haberlo intentado. Tampoco he realizado todavía hazañas militares que pueda contar, acaso ésta, que será

póstuma. Intento reír antes de morir. Puede que me salve reír de lo que no provoca risa: de la tragedia, de la falta de esperanza, de lo terrible que resulta que una mañana de octubre se derrame sobre la cubierta de una galera mi vida de veinticuatro años recién cumplidos.

-Sayb ab-dira'!

Me sorprende el reflejo brillante de una afilada daga ante mis ojos. Alguien me grita al oído eso una y otra vez: «*Sayb ab-dira'! Sayb ab-dira'!*». Lentamente, giro la cabeza hacia quien me lanza su aliento fétido a la cara. Ahora el dolor de la mano es tan intenso que resulta insopportable. Me retuerzo. Mil calambres me suben hacia el hombro. El hombre de piel de bronce sudorosa que se ha arrodillado junto a mí grita otra vez; señala el muñón sanguinolento en que se ha convertido mi mano izquierda

-Sayb ab-dira'!

No entiendo bien lo que dice. *¿Sayb ab-dira'?* *¿Saivedra?* *¿Sa Avedra?* *¿Saavedra?* *¿Me llama a mí?* *¿Por qué grita?* ¡Si me quiere matar, que acabe de una maldita vez! La cabeza parece reventar, la fiebre debe de haber subido, apenas puedo respirar y el dolor de la mano me paraliza. Otra vez brilla la daga ante mis ojos. Percibo muy de cerca su olor rancio a sudor. Y dentro de mis oídos estalla una y otra vez, en repetida cadencia, esa extraña expresión. Lo último que veo antes de cerrar los ojos es la cara del hombre que me va a matar. Un último grito; y, al fin, el silencio y la oscuridad.

Soldado aventajado

Mesina, noviembre de 1571. Unas semanas después

No he muerto. Aquí sigo. Al abrir los ojos, recién revivido de un letargo cargado de pesadillas, recuerdo vagamente lo ocurrido: el rojo intenso de la sangre en el mar durante la batalla, el dolor en la mano, el olor y el sabor de la sal, el hedor putrefacto de aquel aliento...

Miro a mi alrededor. Hay muchas camas alineadas con la cabecera contra la pared. Las sábanas, con manchas de sangre, pus y orín, caen con descuido hasta tocar el suelo. Veo a hombres que gimen y se quejan de su dolor. Estoy en un hospital, en la sala enorme y fría de un hospital. Procuro reconocer a alguien. Busco con la mirada a mi hermano, pero no está aquí; tampoco encuentro ningún otro rostro que me resulte familiar. Un abultado vendaje me cubre la mano izquierda. Me duele, y también me duele el pecho. Con la mano sana, me toco el vendaje; llega hasta la cintura, y está bien trabajado, procurando no apretar en las heridas. Me cuesta respirar. Sin energía para levantarme, cierro los ojos y me vuelvo a dormir.

Cuando despierto de nuevo, el sol de la mañana que entraba por la ventana ha sucumbido a las lúgubres penumbras que ahora dominan la estancia. Ha anochecido, pero, en cambio, ahora junto a mí sí veo un rostro conocido que me sonríe. Sé quién es. Hemos luchado juntos, hemos mirado a la muerte a la cara, y él siempre sonreía, como ahora. Puede que yo esté, otra vez, a punto de morir.

—De buena os habéis librado, caballero de los tres nombres.

Lo miro con fijeza, quizás excesiva dado el contraste entre su nobleza y mi humilde condición de soldado. Me guía la osadía de haber